

---

---

## LAS NALGADAS\*

---

**E**L viejecillo tosió, carraspeó, lanzó un escupitajo, encendió un cigarro y habló así:

Usted conoce la terrible enemistad que separa á las dos familias de los Garcías y los Ceballos, enemistad que ha traído por consecuencia, como las infamias de la Caba,

Muertes, asolamientos, fieros males;

desde el envenenamiento de Gaspar Ceballos, á quien so pretexto de reconciliación

\* El argumento de este cuento está tomado del libro del señor Doctor don Agustín Rivera, "Viaje á las ruinas del Fuerte del Sombrero," San Juan de los Lagos, 1875.

hicieron sus enemigos beber una copa que contenía no sé qué droga endiablada, hasta el último suceso en que usted intervino como abogado, ese horrible encuentro en que, como en tiempo de los Fabios romanos, las sendas parcialidades se presentaron acompañadas de sus respectivos clientes y hubo más de diez muertos, de veinte lesionados y de cincuenta desaparecidos que á la hora de esta andan por el monte, seguros de que más vale salto de mata que ruego de buenos. Lo que no conoce es la causa de esa enemistad, que de seguro acabará con los dos partidos si Dios no lo remedia.

Usted sabe que las malditas guerras civiles trajeron lamentables divisiones entre los hombres, al grado que á menudo se hallaban en campos contrarios el padre que quería á sus hijos con el alma, y éstos, que no deseaban sino abrazar al viejo testarudo que había tomado parte por la reacción; que en los armisticios se viera hablando de uno y otro lado de los muros á amigos de infancia que habían considerado más fuertes que los lazos de cariño, las disputas sobre si había de mandarnos

la Constitución de 57 ó el Plan de Tacubaya. Pero estas cosas, que exaltaban á los hombres, á las mujeres las hacían perder el juicio: las que tenían el novio, el padre ó el hermano en cualquiera de los campos, se filiaban inevitablemente en esa facción, fuera la que fuera; las que no tenían deudos ó amigos entre los combatientes, se sentían estimuladas por sus lecturas, por sus inclinaciones y por la propaganda de los curas ó de sus amigos, que hablaban de los liberales como de diablos encarnados, contra quienes todo era permitido. En suma, eran aquellos tiempos en que no se pedía ni se daba cuartel, y en que parecía que los lazos más sagrados tenían qué desaparecer para dar cabida al odio y á la venganza.

Usted se figurará por qué los Garcías estaban de parte de los conservadores: administraban por juro de heredad los bienes de la comunidad de Oblatos, eran hermanos mayores, por línea recta de varón, de la riquísima cofradía de Jesús Nazareno, y contaban en la catedral con un brazo fuerte, el Deán don Pedro García, ami-

go, émulo y compañero del famoso padre Miranda; todo lo cual no impidió que los dichos Garcías, al mirar la irremediable, denunciaron las fincas que administraban y que hoy las gocen con la bendición de la iglesia y previa la contenta de estilo.

Los Ceballos eran liberales desde que la planta empezó á medrar en terrenos del país, hasta que echó ramas, hojas y flores como el evangélico grano de mostaza. *Polares* en tiempos de la constitución de 24, masones algo después y más tarde designados con otras denominaciones, fueron siempre la piedra de escándalo en Cautlán, donde se les consideraba como califas y vicarios de Satanás.

Floreían en ambas familias lindísimas muchachas, famosas por su pelo largo, abundante y negrísimo, por sus ojos incendiarios, por sus pies diminutos y por sus *chapas* de color, que, como decían las mujerucas del tiempo, *se bebían* aquellas niñas —si bien la justicia obliga á confesar que tales prendas eran patrimonio común de las chicas todas de la villa.

Nacidas el mismo día, bautizadas la una

por los padres de la otra y unidas desde que eran así (señalando el asiento de una silla) por amistad firmísima, Antonia Ceballos y Antonia García eran el encanto del pueblo. Pero al proclamarse la revolución, el cariño se amenguó y las muchachas, ya señoritas, llegaron á odiarse con un fervor de que nadie las habría creído capaces.

En Cautlán, no se en otras partes, se conservó hasta muy tarde el uso de las faldas cortas, de las medias *de la patente*, del zapato bajo y del miriñaque; y como las mozas y aun las viejas machuchas tenían empeño en afirmar públicamente sus opiniones, las conservadoras llevaban traje y cintas verdes y zapatos rojos, para demostrar, con lo verde, que seguían el color que en la bandera de Iguala significaba *religión*, y lo otro para hacer ver que pisoteaban el que para los contrarios simbolizaba la noble y santa libertad.

Las liberales llevaban, como era claro, rojos falda, corpiño y adornos y verdes los zapatos.

El encuentro de dos grupos de distintas

parcialidades producía lo que era de esperarse: cuchufletas, risas y hasta tirones de moños; pero sin que las cosas llegaran á mayores.

Un domingo, al salir de la misa mayor, se toparon en el atrio las dos Antonias, á quienes se llamaba *las Toñas*, con familiaridad propia de lugar en que todos se conocen desde que nacen.

Toña Ceballos, alta, esbelta, garrida y airosa, Toña García, menudita, linda, delicada y fina, atravesaron la doble fila de varones que se formaba en el atrio para ver pasar el mujerío.

La niña del mayordomo de Oblatos, con su traje verde, parecía una ninfa de los bosques, una driada leve y aerea, cuya vida durara sólo lo que la corteza del tronco á que estaba unida; la del masonete semejava una diablesa arrogante que caminara hollando la yerba de un prado de esmeralda.

Pero aquel día la de Ceballos había añadido un detalle á su indumentaria: traía unido al zapatito, tomando parte de la suela y del corte, un retrato del invictísimo General don Miguel Miramón, ídolo de los reac-

cionarios y pluma de vomitar de los *puros*.

—Miren la *colorada* indecente, dijo la García; trae pisando el retrato del señor General, pero es para que les ayude á correr á los suyos tras de las zurribandas que les aplica.

—Sí, como las que nos dió en Calpulálpam y en Silao.

—No, como las que le puso en Atenuique, en Ahualulco, en la Albarrada y en la Estancia de las Vacas.

—Pues á fe que le valieron esas contra nuestro González Ortega.

—*Hachera*.

—*Mocha*.

—*Masona*.

—Mula de Juan Chávez.

—Manceba de Rojas.

Fué la última palabra de la disputa; la Ceballos marchó directamente contra su enemiga, la cogió por los cabellos, la zarrandó sin compasión, la alzó en vilo y levantándole las faldas dejó al descubierto dos "columnas de mármol fundadas sobre basas de oro fino," que diría Salomón, y dos nemisferios redondos, blancos y duros

como bolas de marfil en que aplicó tres golpes sonoros que resonaron hasta el interior de la iglesia.

Todo fué tan rápido, tan impensado, tan nuevo, que la gente que se aglomeró á toda prisa no pudo impedir ni aun comentar el caso.

A Toña García la llevaron á su casa, donde cayó con fiebre de horas que la puso á dos dedos del sepulcro; Toña Ceballos fué separada del sitio por sus amigos y deudos, hecha una leona y gritando que quería acabar con aquella perdida.

De allí á pocos días aconteció el envenamiento del pobrecito Gaspar; vino luego la respuesta con la muerte de Manuel García; á continuación la entrada de los franceses en Cautlán, llamados por el Deán don Antonio para castigar á los Ceballos; luego el secuestro del capitular y al fin lo que usted sabe.

Y allí tiene usted cómo tres nalgadas (que sin perdón así se llaman) han hecho correr más sangre que la proclamación y afianzamiento de muchas ideas nuevas.

Villa de Zapopan, 6 de agosto de 1900.

---

## PRO ARIS ET FOCIS . . .

---

**N**O hay para qué, dijo el viejo soldado, encubra, anagramatice ni disfrace el nombre de mi pueblo; como no ha cometido ningún delito de lesa majestad, ni se halla incurso en excomunión, ni ha sido declarado infiel ó traidor por ejecutoria alguna, puedo mencionarlo sin reparo, pues está en posesión de su estado civil como el rey en posesión de sus alcabalas.

Hállase situado Tlaxochimaco (que así se llama el lugar) en las últimas estribaciones de la sierra del Michtón. Parece como si Dios, habiendo hecho la traza del pobla-